

En Longkhum, en el nordeste de India, sobreviven los tres últimos adoradores de la naturaleza de la tribu ao, pueblo cristianizado hace 137 años

# Los últimos animistas



JORDI JOAN BAÑOS

**Anclados en su historia.** Miyawati y Yapang, la última pareja animista de los ao, en su cabaña, donde rememoran historias de cuando la naturaleza era sagrada

**JORDI JOAN BAÑOS**

Longkhum, Nagaland (India). Corresponsal

**A**seguran las escrituras que en India moran trescientos treinta millones de dioses. Sin embargo, en una remota cabaña del nordeste, todavía no ha entrado ninguno. Allí nos abre las puertas la última pareja animista de la tribu de los ao. Miyawati tiene perfil de azteca y un corte de pelo que parece sacado de lo más recóndito de la Amazonia. Pero estamos en las colinas nagas, en “los confines mongoles de India”, según la expresión de un diplomático.

Miyawati fuma en cachimba mientras Yapang, su esposa, nos sirve un tazón de cerveza casera de arroz. Dos ancianos apeados de la historia mientras anochece en Longkhum, el pueblo

## En Longkhum moraban los más indómitos guerreros, impermeables al hinduismo, al budismo y al islam

más elevado del distrito de Mokochung y también en el imaginario de los ao naga (son doscientos mil). Dicen que el espíritu de todos ellos, al morir, sobrevuela sus acantilados, que, antes de la reciente expansión del cristianismo, eran su sancta sanctorum: Longlangba. Hoy en día, por si acaso, nadie viola el tabú de cortar sus rododendros o ensuciar el paraje.

Miyawati escribe con su mirada de antes de Cristo mientras la hoguera crepita en el centro de la cabaña. Penden del techo las mazorcas. Los listones del suelo son de la más bruniada y jabonosa madera de teca. En Europa costaría una fortuna, pero aquí enaltece a dos supervivientes de la época del trueque. O de la edad de piedra. En los

años sesenta, Miyawati todavía iba con taparrabos. Pero sus hijos, ya cristianizados, se avergonzaban, por lo que empezó a ponerse un pantalón, antes de renunciar del todo a la prenda.

Su señora, de 69 años, es toda dulzura y luce en las piernas tatuajes de aspás que todavía no han llegado al Born. Lleva con naturalidad el collar de la tribu, con gruesas cuentas azules y rojas. La cristianización desterró los tatuajes, convirtiendo a la señora Yapang en una instalación viviente, arte efímero. Ambos cuentan cómo siguen haciendo ofrendas a la naturaleza, para ganarse la generosidad de los campos. “El primer día, un huevo. El segundo, un pollo. El tercero...”. Todos sus vecinos celebran la Navidad, pero ellos dicen que ya no cambian.

Nada se parece tanto a una cabaña naga como otra cabaña naga. Nada es superfluo. Quizás por eso la hospitalidad es instantánea. En Longkhum moraban los más indómitos guerreros, los más fieros cazadores de cabezas. Mientras India extendía su influencia cultural a miles de kilómetros, durante dos milenios, de Afganistán a Indonesia y de Mongolia a Sri Lanka, ellos permanecían en el umbral, impermeables al hinduismo y al budismo –y luego al islam–. La leyenda ao afirma que disponían de alfabeto e historia, pero que un perro se los comió, al estar encuadrados en piel. Ahora son ellos los que se comen a los perros.

Al norte del pueblo hay otro anciano animista –el último que sigue haciendo ofrendas en los riscos de Longlangba–, pero nos informan de que está en sus campos y pasará allí la noche. Yudang, el intérprete, rememora como una de sus travesuras favoritas era dar un cachete a los viejos en taparrabos, que hace treinta años ya eran un anacronismo. Su abuelo, Medemkaba, procede de Molungymen, el primer pueblo cristianizado por un misionero baptista. Sus 93 años se acurruca en la cabaña que le sirve de cocina, de cuyo techo cuelga una cabeza de cerdo

ahumada. En su juventud, asegura haber matado tres tigres. “Loyung era entonces un pueblo de elefantes más que de personas”, recuerda. La víspera de la boda de su hija, al anochecer, Medemkaba se adentró en la selva. Y cazó un oso de gran tamaño –un excelente augurio– que al día siguiente fue degustado por los comensales.

“La Iglesia terminó con costumbres bárbaras como la decapitación”, admite la escritora Temsula Ao. En Tamlu lo recuerda, de primera mano, el más viejo del lugar. Allí, donde la mayoría de las casas siguen siendo de bambú –muchas de ellas, con techo de paja– la práctica de cazar cabezas humanas –en los pueblos circundantes– sólo terminó en 1951. Por entonces, cientos de calaveras decoraban el *morung* del pueblo, la cabaña donde tradicionalmente dormían los jóvenes varones.

## La escritora Temsula Ao lamenta que “la iglesia hizo tabla rasa”; la naturaleza dejó de ser sagrada

“Hasta se hacían chistes de mal gusto, ofensivos, blandiendo una cabeza frente a los niños: ‘Mira, tu padre’”.

Temsula Ao lamenta, no obstante, que “la Iglesia hizo tabla rasa”. La naturaleza dejó de ser sagrada y lo sagrado se concentró entre las cuatro paredes de la iglesia, hoy centro de la vida social. Y mientras se extirpaba el paganismo autóctono con celo bíblico, nadie pedía los papeles a Papá Noel, no menos pagano y encima extranjero. Aunque al calor de la lumbre los ao sigan deleitándose con historias de fantasmas que nadie pone en duda, al cabo de 137 años, todos se han convertido. Todos excepto Miyawati, Yapang y un hombre que duerme pegado a sus misiones.●

Jaime Serra



## Quick response

Para ver el contenido de esta columna necesita un ‘smartphone’ que tenga instalada la aplicación gratuita i-nigma, o similar, que permite la lectura de códigos qr

**Nada es verdad, todo está permitido**  
Centro cultural Jorge Luis Borges. Buenos Aires

- 1 -



- 2 -



- 3 -



**Epílogo**  
William S. Burroughs



Créditos

1

2

